

Caro amic

JUAN LÓPEZ-CARRILLO

Cuando uno jamás se ha dedicado —por falta de formación, vocación y gana alguna— a la exégesis o a la crítica literaria; cuando la docencia, por suerte para los alumnos, es cosa de otros, por otra parte, admiradísimos y muy sufridos otros; cuando uno tiembla de espanto ante la solicitud de una lectura atenta (debiéndosele responder al ansioso autor con una opinión bien sólida y argumentada) de un poemario que alguien te deja de sopetón en las manos o camuflado entre el correo ordinario o, peor aún, de rondón, mediante correo electrónico, y donde ya no es uno sino son dos o tres los inéditos que se cuelan; cuando a punto se está de perder una buena amistad por la incapacidad de escribir el prólogo de un buen libro de poemas, cuando a mí, en definitiva, lo que más me gusta es disfrutar en silencio de la delicia de los versos de un poeta como Gerard Vergés, versos de intensísima calidad, claros y exquisitos, siempre necesarios como necesaria es la poesía, como el pan de cada día; cuando la sabiduría consiste en saber lo anterior y el sentido común no es otra cosa que dejarse llevar, volar, entre la floresta de páginas de *La raíz de la mandrágora* para sentirse, tras su lectura, mejor persona... entonces, yo me pregunto, ¿qué sentido tiene mi presencia entre tanto y tan preclaro autor? ¿Qué espera Ramón García Mateos de mí? ¿Acaso no me conoce? ¿Cuál debería ser el cometido de mis palabras?... Creo —y permítame el lector que no me pase una página entera deliberándolo— que no puede ser otro que la celebración de mi amistad con el poeta homenajeado, no tomándose estas palabras como mero espejo de vanidad loca, sino como la manifestación de la suerte y el privilegio de disfrutar de tan preciado presente. Al fin y al cabo, puedo presumir —espero demostrarlo— que si yo no hubiera conocido al poeta en el año 2001, muy posiblemente este homenaje que ha organizado Ramón García Mateos, no se le estaría haciendo en Cambrils, dudo mucho que en Tortosa, quién sabe si en Mataró o en Ponferrada.

Al igual que existe el mito romántico de que el poeta verdadero ha de manifestar su condición de vate en edad bien temprana, debiendo publicar un

libro genial cuando aún no se afeita (o depila) y creyendo que todo el monte es Claudio Rodríguez o Arthur Rimbaud,¹ a veces también creemos que el verdadero valor de una amistad viene dado por el peso que le da la suma de sus años donde, cuanto más años, mejor, mayor y profunda será la amistad y, realmente, no es un dato falso ni baladí, aunque no tan determinante de su calidad como pudiera pensarse. Siete son los años de amistad que Gerard y yo nos tenemos, poco tiempo, no hay duda, pero tiempo intensamente aprovechado y trascendente, lo suficiente para recuperar y poner al día lo que en su momento no pudo ser. No creo en la reencarnación, pero con seguridad, conocer a Gerard Vergés, ha sido el pago a alguna buena acción que hice en vida anterior, una alegría presente que los dioses, siempre misericordiosos, me concedieron: ser amigo de uno de los grandes poetas catalanes actuales (y ya de siempre). Y esta afirmación de su calidad literaria (la humana brilla altísima, pero hoy toca hablar fundamentalmente del poeta) es una verdad absoluta que es necesario proclamar y hacer oír, ya que las verdades absolutas, por mucho que Einstein tenga razón, existen, una verdad absoluta y evidente como la fórmula del agua o como la existencia, o no, de Dios, verdades absolutas que se deben conocer, como que hay poetas y poemas muy buenos y poemas y poetas muy malos. Entiéndanme, Jaime Siles, por ejemplo, escribió de Gerard Vergés que era el poeta perfecto. Sin lugar a dudas.

En el año 2001 yo ya sabía de la existencia de Gerard Vergés, evidentemente, que eremita nunca he sido, pero no había leído, no tenía ni idea de sus versos (llegados a este punto, comprendo que el lector pueda dejar de leerme y se pase directamente al siguiente trabajo), mas las cosas son así y se podría escribir un libro entero hablando de por qué pasan esta serie de hechos, y es que los conceptos mercado, conocimiento, poesía, distribución y ventas no suelen ser, para nuestra desgracia, compatibles entre sí, si a todo eso añadimos el centralismo cultural de la metrópoli del norte y mi falta de curiosidad intelectual, el círculo se cierra. Pero durante el septiembre de ese año iba a dar fin a esa situación, ya que en esos días me encontraba dedicado a tirar adelante un *Manifest per les Terres de l'Ebre*, en plena vorágine antitrasvasista (contra la otra vorágine trasvasista de los otros), solicitando la adhesión de artistas e intelectuales de todo tipo y condición, de aquí y de toda España. Entre ellos, por supuesto, estaba el autor de *Long Play per a una ànima trista*,

¹ Gerard Vergés entrega su primer libro de poesía, *L'ombra rogenca de la lloba*, en brazos de la estampa, a los 51 años, un libro ya de madurez donde, como en el buen vino, descansa el poso de la mejor añada, el sabor hondo de los aromas que pervivirán en el recuerdo. Bien claro lo deja R.G.M. en el prólogo de *La raiz de la mandrágora*: «No se trata, sin embargo, como podría parecer de un poeta de vocación tardía... Tiene Vergés ya al inicio de la década de los ochenta, una larga trayectoria de poeta oculto y tiene, asimismo, una asombrosa sabiduría literaria, reflejo de su sólida formación humanística.»

solidario como siempre con las causas con las que de verdad se ha de ser solidario. Aquel manifiesto se materializó en una jornada, el 15 de octubre de 2001, que compartimos los firmantes del escrito, a lo largo de toda la geografía del Delta del Ebro. Recuerdo la figura entrañable y frágil de Gerard Vergés, justo a su lado Joan Manuel Serrat, y como emocionado y por primera vez escuché la voz del poeta, mientras recitaba su espléndido, magnífico poema, «Parlo de un riu mític i remorós». No había mejor lugar para dejarse llevar por sus versos que en aquella isla, llamada de Gràcia, en medio del cauce del Ebro. Aquella misma mañana, una hora antes, le había propuesto la publicación de un libro de poemas. Lo hice mientras Gerard bajaba —siempre acompañado de su íntimo amigo, Manuel Ollé— del autobús. Y es que en aquel día en el bellissimo Delta del Ebro, no hubo ni mejor día, ni mejor gente, ni mejor lugar. En una esquina de ese delta nací yo. En l’Ampolla. Y sigue sin haber una placa.

Cuando le ofrecí a Gerard la posibilidad de publicar un libro de poemas, no es que yo por entonces dirigiera una editorial o colección de poesía alguna, pero por aquellos días, la editorial DVD de Barcelona estaba a punto de sacar a la luz mi libro de poesía visual *69/modelo para amar*, y durante una de las múltiples conversaciones que tuve con Sergio Gaspar, editor de DVD, me habló del nuevo proyecto que se llevaba entre manos: el tirar para adelante la colección l’Illot, una colección literaria en lengua catalana. Aconsejado fundamentalmente por el amigo y poeta Alfredo Gavín y por el amigo y colega del propio Gerard Vergés, Xavier Ulldemolins, me sumergí gozoso en el universo literario del maestro —otra verdad absoluta— Gerard Vergés, quedando tan del todo prendado por su obra que, entusiasmado y sin dilación alguna, me puse en contacto con Sergio para que se plantease la posibilidad de publicarlo. Inmediatamente me contestó que estaría encantado de hacerlo y que dejaba en mis manos la opción de conseguirlo. La posibilidad llegó en ese día de septiembre del que antes hablaba.

Gerard nos ofreció como libro *La insostenible lleugeresa del vers*, un lujo de inédito, una sorpresa gozosa, un libro de poemas con pocos poemas, trece, pero de contenido rotundo. Recuerdo con claridad aquel frío sábado de febrero, cuando nos dirigimos a Tortosa —me acompañaron Alfredo Gavín y el poeta argentino Pedro Sánchez de Martino— a recoger el manuscrito y cómo en aquella tarde, ya en casa de Gerard, aquellos poemas confirmaron las mejores expectativas personales y editoriales, cuánto oficio, arte y sentimiento había (hay y habrá) en aquellos poemas que el poeta recitaba, «Fa deu anys, fa deu segles», «Cofre àrab», «Entorn del presbiteri collies roses», «Bosc de tardor», «El monstre»... *La insostenible lleugeresa del vers* se publicó en mayo de 2002. El editor Sergio Gaspar, en cuanto tuvo un ejemplar del libro, me

lo hizo llegar, entre sus páginas una tarjeta que aún conservo y que decía lo siguiente: «Gran Juanito, amigo, te envío el libro de Vergés. Todo el éxito es tuyo. Gracias y gracias...» Y es que realmente hay cosas de las que uno puede presumir y vanagloriarse, que dan momentáneamente sentido a la existencia, que puedes proclamarlas, y no quedar ante el mundo como un cretino. Ese mismo año volví a presentarle a la editorial DVD mi último poemario, *Los muertos no van al cine...* me lo rechazaron.

Después pasaron, como ha de ser, los días, y con ellos llegó el conocimiento más intenso de la obra, de la persona y de su entorno. Se comparten idas y venidas, vinos y güisquis, *musclos i a vegades mejillons*, nuevas ideas, genialidades y absolutas tonterías, y un día, como quien no quiere la cosa, creo que alrededor, esta vez, de unos platos de arroz con bogavante, voy y suelto: «Qué lástima que la obra de Gerard no esté traducida al castellano...». Transcurre un corto tiempo, y una tarde, mientras hablo por teléfono con Juan Ramón Ortega Ugena, uno de los comensales del anterior almuerzo y editor de La poesía, señor hidalgo, voy y le comento: «creo que Ramón lo haría muy bien [la traducción al castellano de la obra poética de Gerard], seguro que estaría interesado, por qué no se lo propones...». Y ahora que menciono a Ramón García Mateos, aprovecho para demostrar aquello que escribía al principio: «que si yo no hubiera conocido al poeta en el año 2001, muy posiblemente este homenaje no se le estaría haciendo en Cambrils...», y es que la editorial, La poesía, señor hidalgo, fue quien finalmente propuso a Gerard Vergés la publicación de su poesía completa junto con su traducción al castellano, por parte de Ramón García Mateos, sirviendo esto como excusa definitiva para que, por fin, se conocieran con absoluta intensidad y de verdad, estas dos personalidades de las letras, Gerard Vergés y Ramón García Mateos, unión intelectual y humana que tanto beneficio a la poesía ha aportado y que dio lugar, en mayo de 2005, a la publicación de *La raíz de la mandrágora* (1982-2002), libro que contiene en original y traducido al castellano los siguientes poemarios: *L'ombra rogenca de la lloba*, *Long play per a una ànima trista*, *Lliri entre cards* i *La insostenible lleugeresa del vers*. Cuatro buenísimos libros que dieron lugar, a partir de su traducción, a un libro fundamental de la literatura moderna, por supuesto, en su idioma original, el catalán, como creo que también lo es en castellano, ya que la paciente labor de Ramón fue mucho más que la de un mero traductor, él consiguió lo más difícil, recrear al español la obra de Vergés sin que los poemas perdieran encanto, sentido y fuerza, sin que se resintieran, sin que al ser traducidos apenas en alguno se vislumbrara la «traición».

Ese trabajo de traslación vino a durar poco más de un año. Unos meses donde, al tiempo que la labor de traducción iba consumiendo etapas, nuestra

amistad con Gerard, a cada hora que pasaba, se cimentaba y consolidaba aún más. La tarea de Ramón fue del todo solitaria, aquí, en su casa de Cambrils, pero el poder disponer —gracias a la cercanía geográfica y a la disponibilidad total de Gerard— por unas horas de la sapiencia, de la opinión contrastada del propio autor, fue un lujo del que no se pudo prescindir. Así siempre recordaré con gozo aquellos días, casi siempre viernes o sábado, cuando nos reuníamos con Gerard —normalmente en localidades de la comarca del Baix Ebre, de tanto en tanto por Cambrils— para trabajar sobre los poemas a los que Ramón ya había hincado el diente, algunos de ellos del todo acabados, esperando la opinión del maestro, otros a medias o del todo destripados, otros apenas pergeñados. Es menester dejar muy claro, que mi presencia en esos encuentros no era nada fundamental, hubiera sido del todo prescindible en cuanto al resultado, al éxito final, pero sí que puedo afirmar que fue, digamos, algo útil: yo me encontraba entre ellos, como un elemento totémico y unificador, que convocaba a la fiesta y al trabajo, a la reunión, que callaba expectante cuando los dos matadores líricos entraban directos a la materia poética, a la traducción, parando, mandando, templando con poderío; que no dejaba de observar, de escuchar, en definitiva, de disfrutar, de la experiencia y maestría de aquellos dos artesanos de la lengua, que, o bien se ceñían con precisión quirúrgica sobre un adjetivo díscolo o desbarraban, cuando menos te lo pensabas, sobre mil ocurrencias y anécdotas del río caudaloso de la vida, hechos que aparentemente no venían a cuento, descansos necesarios para entrar con fuerza renovada a la suerte de matar: cómo aplaudí fervoroso aquellas buenas faenas, qué éxtasis por las traducciones bien acabadas, cómo, por supuesto, nunca deje de comer —y beber— como el que más. Y por qué saco a colación esta referencia gastronómica... muy sencillo, porque supimos hacer las cosas con sabiduría mediterránea, pues todos esos encuentros siempre se realizaron alrededor de una buena mesa, bajo sombra cuando el día era soleado, siempre cerca de la mar, bajo su curiosidad y amparo. Permítanme de nuevo un gesto egótico-gótico, aunque las dedicatorias de los libros son personales y no debiéranse hacer públicas, espero que a Gerard no le moleste que muestre unas líneas de las palabras que él me dedicó tras la publicación de *La raíz de la mandragora*: «A Juanito, en bona part, “deux ex machina”, d’aquest llibre... »

Pasan los años, que no dejen de pasar, y recuerdo un día del verano de 2007, un domingo que unos cuantos amigos disfrutamos bajo la hospitalidad de Gerard y su familia, allí, en su casa del monte Caro. Desde esas alturas contemplamos la llanura que deja el Ebro a su paso, su vega, su delta profundo e inmenso. Desde esos bosques, que en su espesura se vuelven centroeuropeos, creemos ver la arena de una playa que parece tropical... Así es el paisaje, así el hombre, así es Gerard Vergés, mi caro, mi querido amigo, un escritor sobrio

y fecundo, diverso y único, un poeta universal profundamente enraizado en su tierra. Tras la sobremesa salimos a pasear, caminamos entre frondosos árboles, conversamos relajados alrededor de una fuente casi oculta y, pasada una hora, volvemos de nuevo a la casa de la amistad. Ramón García Mateos, siempre poeta, generoso siempre, dedica a Gerard su último y espléndido y premiado libro de poemas, *Como otros tienen una patria*. Gerard Vergés, anfitrión perfecto y de verdad interesado, le pide que nos recite algunos de sus poemas. Ramón recita y todos disfrutamos del lujo de su voz. Pero la comida, ay, fue abundante y estupenda, y una somnolencia, que ni siquiera pudo alejar el paseo anterior, me deja, pasado ya el décimo verso, profunda y gozosamente dormido. Mas ni Ramón ni Gerard ni ninguno de los presentes se lo toma como una falta de respeto. Es bien sabido que a los buenos amigos, se les tolera... casi todo.